

**Cuento ganador en la modalidad de castellano del XXVI "Concurso de Cuentos Villa de Errenteria", organizado por Ereintza Elkarte con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria<sup>1</sup>**

# JULIA

*Carlos Frühbeck Moreno*

La casa estaba vacía. Sólo quedaba el mobiliario de la dueña del apartamento. En el dormitorio, una cama sin sábanas, un viejo espejo de cuerpo entero de forma ovalada y un armario vacío. En el salón, un sofá forrado de piel marrón con algunas quemaduras que dejaban ver el relleno, una mesa camilla cubierta con un paño de encaje amarillento y una estantería laberíntica llena de pequeñas alacenas, vitrinas y repisas improvisadas que ocupaba toda la pared. En el gran hueco que dejaba en el centro, una televisión de pantalla plana y un reproductor de DVD. Junto a la ventana, dos cajas de cartón con el logotipo de una marca de ropa que mañana vendrían a recoger los de la librería. La luz del atardecer se filtraba a través de los barrotes de las ventanas. ¿Por qué alquilaríamos una casa con barrotes en las ventanas? Las cajas, entre la luz y las líneas de sombra, parecían haber perdido cualquier imperfección, cualquier arruga sobre el cartón, hasta volverse cubos perfectos, abstractos, vacíos. Parecían pertenecer a un mundo en que la realidad sólo era cuestión de fórmulas matemáticas. La luz continuaba su camino sobre el suelo y trazaba una parrilla de rectas paralelas y perpendiculares que rompía la continuidad de las baldosas e inventaba juegos geométricos sobre el pavimento según iba variando su ángulo de incidencia y se iba extinguendo. Había vendido todo lo que tenía. Hacía mucho que no me sentía tan libre, tan puro, como ahora. Parecía que esa misma luz que se marchitaba poco a poco hubiera quemado también mi carne.

Era mi última tarde en aquella casa y por primera vez después de tanto pensé en Elena. Hubo un tiempo en que después de hacer el amor nos gustaba plantarnos delante del espejo, posar como si fuéramos a salir en una vieja fotografía en blanco y negro y decir que hacíamos una buena pareja. Yo, flaco, larguirucho, muy oscuro y un tanto ojeroso. Ella, mucho más baja que yo, musical, con los pechos subiendo y bajando por la risa. Me empezó a doler la cabeza.

Puse el DVD de Notting Hill. El sofá crujió cuando me tumbé. Encendí un cigarrillo. Hoy vería la película por última vez. Y no me reiría y no lloraría como un crío como las primeras veces. Sería un acto de acción de gracias. Me arrodillaría ante Julia y le daría gracias por haber entrado en mi vida, por haberme salvado. Al día siguiente me estaría esperando en un lugar lleno de acantilados y playas heladas, sola, delante de un mar que grita y no susurra. Julia y yo vamos a pasar juntos el resto de nuestras vidas.

Nuestros inicios fueron relativamente fáciles. Me bastó ver Notting Hill una vez para enamorarme de Julia. Digo Julia y no Anna Scott porque siempre la amé a ella y no a su personaje. Sin embargo, estaba totalmente de acuerdo con lo que dice William Thacker al comenzar la película: Julia vivía a un millón de kilómetros de mi mundo, el cual, por entonces, se restringía cada vez más a las habitaciones de mi apartamento.

Esa película era toda mi vida íntima después de que Elena se marchara. Me ayudaba mucho a salir del bache saber que existía un mundo en que las estrellas de cine se pueden enamorar de los librereros ingleses. Tenía envidia de Thacker porque había podido casarse con Julia y tener un hijo con ella, por su

---

1. El jurado estuvo compuesto por Antton Obeso, José Antonio Pérez, Ezequiel Seminario y Raúl Guerra Garrido.



adorable peña de amiguetes fracasados y eternamente alegres. Muchas veces pensé en que me tenía que ir a Londres de camarero, profesor de español o mendigo de estación y que así encontraría a Julia. No fue necesario.


No sé como Julia supo que existía y que la quería. Por entonces, veía la película todos los días y no hacía otra cosa que buscarla en las revistas, en los periódicos, en Internet (les recomiendo [www.aboutjulia.com](http://www.aboutjulia.com)). Quería saber todo de su vida. Supe que había abandonado a Kiefer Sutherland casi en el altar; que había estado casada con Lylle Lovett, un cantante de música country que, por lo que decían las revistas, era demasiado poco para ella; que había sido novia de Benjamin Bratt, actor tan brillante como desconocido para el gran público; que después se había casado con un cámara más joven que ella; que había tenido mellizos (estoy seguro de que conmigo tendrá más hijos) y que había decidido tomarse un descanso para ocuparse de su familia. Parecía que su carrera se había estancado y que todavía no se sentía lo suficientemente "en forma" para volver a hacer cine como antes. Me tomé como una ofensa personal las críticas que recibió cuando debutó en Broadway. La foto que le hicieron mientras salía del supermercado sucia, desgañada, me resultó particularmente dolorosa.

Me necesitaba. Fue ella la que me buscó y, aunque siempre a horas inesperadas, se acercó a mí con cautela, paso a paso. Primero empezó a llamarme al portero automático de madrugada. Al principio, yo no respondía. Pensaba en una banda de adolescentes aburridos y borrachines que la habían tomado con nuestro portal o que Elena, que tan decidida se había mostrado al cortar por lo sano, deseaba volver a dormir en nuestra cama. Una madrugada no pude más y descolgué el telefonillo con la firme intención de cantarle las cuarenta al niñato de turno. Escuché un "Hi" pronunciado con dulzura y seguridad, y entonces supe que Julia estaba abajo, con gafas oscuras en plena noche, vestida con una chaqueta de cuero, un short que dejaba el ombligo al descubierto, una sencilla falda negra y una enorme sonrisa. Y no se había olvidado sus libros en mi casa. No me lo podía creer. Me quedé de piedra, sin saber cómo reaccionar. Decidí permanecer en silencio y escuchar. Sentí su respiración agitada. No dijo ni una palabra más pero me estaba pidiendo que abriera. Tuve miedo y colgué. Volví a la cama y me masturbé. Intenté no pensar en ella. Sabía que si la hubiera dejado subir me habría besado sin saber por qué y después se habría ido.

Entonces empecé a recibir mensajes en mi teléfono móvil, de un número desconocido, seguramente extranjero. Era ella, definitivamente era ella. "There are things to say". Tantas cosas que nos tendríamos que decir, que querría decirte. "Who left who?" Querida Julia, fue Elena la que se fue. Realmente, como le pasó a William antes de conocerte, ella me vio con claridad. "Can I come in?". Sí, te juro que te abriré.

Tres noches después volvió a llamar. Escuché su tembloroso "Can I come in?". Supe que estaba terriblemente asustada. Quizá había salido en la prensa una colección de desnudos, un error de juventud, los periodistas la perseguían y se sentía perdida y sola. Quizá yo era su última playa. La estaba viendo con una sudadera gris, las inevitables gafas de sol, esta vez con cristales violetas y una mueca de dolor en la boca. Respondí, como ya había hecho William Thacker, "Come in. This is the place". Abrí. No subió nadie. Sin duda, había tenido que volver con su familia. Estaba haciendo algo que haría mucho daño a sus seres queridos. Sin embargo, estaba seguro de que, desde aquel momento, Julia viviría en mi casa, compartiría su vida conmigo y yo la protegería.





Empezó a visitarme. Esperaba con impaciencia a que llegara la noche para acostarme y encontrarla horas después sentada en mi cama. Me sorprendió que no apareciera como en Notting Hill. Iba vestida con una túnica blanca que dejaba un hombro al descubierto y que ceñía a su cintura con una cinta de seda azul, anudada sobre la cadera. Sus cabellos eran muy largos, oscuros y los recogía en una larga trenza que caía por su espalda. Le gustaba hablarme en voz baja, siempre sonriente y pasar su mano sobre mi pecho. Yo me quedaba tumbado: no me atrevía a moverme, a tocarla.

Pero, por si alguien no lo sabe, Julia también es una mujer temperamental e impulsiva y algunas noches me miraba con ira, con el rostro tenso, los labios contraídos, y me arañaba el pecho hasta hacerme sangrar. Simplemente se comportaba con crueldad, sin ningún motivo. Cosas del juego del amor. Y me hablaba con voces que pertenecían a otras personas. Entonces, yo intentaba recordar la letra de la canción de Elvis Costello. "She". Así empieza y termina la película. "She may turn each day into a heaven or a hell", la tarareaba y así soportaba el dolor e intentaba no escucharla. Lo único importante era que estaba allí, conmigo.

Recuerdo que una noche me hizo dudar de que fuera realmente ella. Sus ojos brillaban y esta vez sonreía, sonreía. Creía que sus uñas, sus dedos, se habían hundido tan profundamente en mí como para arrancarme los pulmones de un golpe. Me habló con voz de hombre. Después supe que era la voz del protagonista de Batman Begins, en la escena de la persecución en el Batmóvil. El héroe está llevando a su cueva a una chica que ha inhalado un gas que produce visiones terroríficas. Quiere salvarla. "Stay calm. You've been poisoned". El veneno. Me habían envenenado.

Detuve la película. El pobre William acababa de subir a la suite de Anna en el Ritz sin saber que allí también estaba su novio Jeff. La habitación estaba en penumbra. Miré las cajas. Debería haber muchas más. La biblioteca de mi padre. Esta vez eran reales, estaban llenas. Sonreí al recordar la discusión que tuve con el librero. Se negaba a comprar libros a los que habían arrancado páginas. De algunos quedaban sólo las tapas. Fue discreto y no hizo preguntas.

Busqué en mis bolsillos. Saqué un papel y lo desdoblé. Páginas 273 y 274 de la edición de Gredos de las Cartas de Plinio el Joven. La historia de Curcio Rufo. Era hijo de un gladiador que había ganado la espada de madera y se había enriquecido. Lo enviaron a África como miembro del séquito del procónsul. Allí, a la puerta de su casa se le apareció una mujer altísima, de una hermosura sobrenatural. Se presentó como el espíritu de África; le predijo la vida maravillosa que iba a tener pero también le dijo que la muerte y ella lo estarían esperando en las costas de Cartago pasados muchos años. Curcio llegó a ser cónsul. Cuando volvió a Cartago, aquella mujer estaba allí, en la playa. Curcio no tuvo miedo a la muerte. Había tenido una buena vida y supo renunciar a ella; no quiso regresar a Roma sino que se quedó en Cartago y cayó enfermo. Durante su agonía demostró una serenidad y una fortaleza de ánimo envidiables y llegó a predecir el futuro con exactitud. Aceptó su destino mientras que ninguno de los que lo amaban pudo hacerlo.

Fue la única página que conservé. Me imaginaba que las playas de Cartago eran inmensas, infinitas. Allí el mar siempre estaba en calma y cubría unas ruinas antiquísimas. Sus habitantes habían muerto hacía tanto tiempo que sus descendientes creían que eran dioses. Allí había una mujer que miraba el mar con la piadosa impaciencia que dan muchos años de espera. Alta, erguida, su sombra se recortaba con desolada precisión sobre el desierto que la rodeaba. Sólo esperaba que un barco llegara. Estaba segura de que no buscaría otro puerto al reconocerla.

Como yo no tomaba la iniciativa, poco a poco Julia se decidió a besarme, a acariciarme más y más. "Can I stay longer?" Quédate para siempre. Entonces se reía, desaparecía y el dormitorio se quedaba a oscuras. Durante el día, sólo pensaba en ella. Me separé de todo y de todos; dejé de trabajar. Durante el último mes viví encerrado en casa, esperándola. La última noche que vino a verme hicimos el amor por primera vez, como locos. Mientras lo hacíamos hubo momentos que creí que me miraba con una maldad que no tenía nada que ver con la lujuria, que en sus gritos sólo había un hambre brutal que iba más allá del sexo. Me vi lejos de nosotros, flotando sobre dos cuerpos anónimos que se movían sin parar.

Hasta entonces, las heridas que me hacía desaparecían por arte de magia al día siguiente. Aquella mañana, las sábanas estaban llenas de manchas de sangre: tenía el cuerpo lleno de marcas de mordiscos y arañazos. Decidí no ir al hospital y me curé como bien pude. Tendría que haber inventado explicaciones y alguien podría haber dicho que me las había hecho yo mismo.

Supe que ella no volvería a casa. Era mi turno. "Ain't no sunshine when she's gone". No quería verme recorriendo solo las calles de la ciudad por meses, años, mientras iban pasando las estaciones.

No jugó conmigo, nunca me rechazó delante de nadie como hizo a William Thacker. Fue honesta desde el principio. Hasta aquel momento me había dado todo. Había pasado sus noches conmigo en vez de estar con su marido y sus hijos. Pobre Sr. Maver, qué diría cuando supiera todo, cuando recibiera los papeles del divorcio, cuando perdiera la custodia de sus hijos. Yo sería un buen padre para los mellizos. Conmigo sería feliz, volvería a ser una Anna Scott en todo su esplendor. Había tomado una decisión, la más importante de su vida, y ahora yo debía marcharme con ella, adonde fuera. Debía demostrarle que yo también era capaz de renunciar a todo.

Encontré sobre la mesa camilla un anuncio arrancado de una revista. La nueva línea de moda de Gianfranco Ferré. Julia estaba vestida con un traje de noche negro con tirantes y escote de gasa. Me miraba a los ojos. Esta bellísima, pero parecía cansada, muy cansada. Sobre el anuncio había una amapola disecada. Una de esas flores que tardan años en morir dentro de las páginas de un libro y después la mínima caricia las despedaza. Y una nota. La letra era pequeña, redondeada y transmitía firmeza. "I'm just a girl standing in front of a boy asking him to love her". Y un lugar en un Norte muy lejano en el que había estado cuando era niño. No es necesario que me lo pidas, yo ya te amo.

La película había terminado. Nunca fue necesario que declaráramos nuestro amor en una rueda de prensa; aunque de haberse dado el caso naturalmente que lo habríamos hecho. Encendí el último cigarrillo que me quedaba.

Todo a oscuras. Casi no se podía distinguir la silueta de las cajas. Durante un segundo pensé en Elena. Y sólo durante un segundo la eché de menos. Odiaba que hubiera humo dentro de casa. Me quedé dormido en el sofá. Al día siguiente tenía que hacer un viaje muy largo. Sin equipaje.

**Carlos Frühbeck Moreno (Burgos, 1977). Diplomado en Óptica y Optometría y Licenciado en Filología Hispánica y Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Profesor de español para extranjeros en países como China, Dinamarca o Vietnam. Actualmente se dedica a la docencia en el Centro de Lenguas Modernas de la Universidad de Perugia (Italia). Obra publicada: Poesía: Primera Claridad, Aldecoa, Burgos, 1994; Retratos de Alquiler, El Toro de Barro, Cuenca, 2003; Caballos, Diputación Provincial de León, León, 2006. Ensayo: Justo Alejo: una escritura de vanguardia y compromiso, JCYL Editorial Azul, Valladolid, 2003.**